

El
dragón
azul
del lago
Titicaca

En la ciudad de Puno, junto al Lago Titicaca, vivían dos amigos: Ana y Diego. Siempre disfrutaban de pasear por las orillas del Lago Titicaca después de la escuela. Allí jugaban, recogían totoras o simplemente miraban como los peces nadaban en el agua. Pero un día, mientras recogían totoras para un trabajo de clase, vieron algo que los hizo sentir mal: ¡había basura por todas partes!

—¡Mira esto, Ana! —dijo Diego, levantando una botella de plástico del lago.

—¡Qué feo se ve el lago así! —respondió Ana, poniendo cara de tristeza—. Los turistas vienen a conocer el lago y nuestra cultura, pero algunos no lo cuidan.

Diego suspiró. Sabían que los turistas eran importantes porque ayudaban a las familias del lugar comprando artesanías o bailando en las fiestas típicas. Pero también sabían que el lago necesitaba estar limpio para seguir siendo tan bonito como siempre.



Esa noche, mientras Ana estaba dormida, algo raro pasó. Un brillo azul iluminó su cuarto, y de pronto, frente a ella apareció un dragón gigante y hermoso. Su piel era azul brillante, como el agua del lago en un día soleado.

—Hola Ana. Soy Sirani, el espíritu del Lago Titicaca. He visto cómo te preocupa el estado del lago, y quiero ayudarte —dijo el dragón con voz suave, pero poderosa.

Ana se frotó los ojos, pensando que estaba soñando. En ese momento Diego apareció en el cuarto, ¡él también lo estaba viendo!

—¡Wow! ¡Un dragón! —exclamó Diego.

—No soy cualquier dragón. Soy el guardián del Lago —dijo Sirani, mientras les entregaba algo especial: un cristal azul que brillaba como una estrella—. Este cristal representa la vida del lago. Si ustedes lo cuidan, brillará más fuerte. Pero si el lago se ensucia, su luz se apagará.

Ana y Diego miraron el cristal con asombro. Era pequeño, pero parecía mágico.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Ana.

—Los turistas no siempre saben lo importante que es el lago. Ustedes deben enseñarles y trabajar juntos para protegerlo. Si lo logran, el cristal brillará cada vez más —respondió Sirani.





Al día siguiente, los dos amigos empegaron a idear un plan. Decidieron organizar algo que llamaron “El Día del Cuidado del Lago Titicaca”. Invitarían a los turistas y a la gente de Puno a su evento, para realizar actividades como talleres de tejido de totoras, danzas típicas y, sobre todo, una gran limpieza de las orillas del lago.

Cuando llegó el gran día, colocaron el cristal azul en un lugar especial para que todos lo vieran. Sirani les había dicho que sería un símbolo importante, así que lo pusieron en un pedestal hecho de totora.

—¡Vengan todos! Hoy es el día para cuidar nuestro lago y aprender sobre él —gritaban los niños.

Los turistas se acercaron curiosos. Aprendieron a tejer totora y bailaron al ritmo de las zampoñas y tambores. Luego, todos, incluidos Ana y Diego, se pusieron guantes y comenzaron a recoger la basura de la orilla.

—¡Esto es increíble! —dijo un turista que había viajado desde Francia—. ¡Nunca había hecho algo así!

Cuando terminaron, la orilla estaba limpia y hermosa. Pero lo más sorprendente fue que el cristal azul comenzó a brillar con más fuerza que nunca. Todos lo notaron.

—Miren, ¡el cristal brilla más! —exclamó Diego emocionado.

—Es porque el lago está mejor, y estamos trabajando juntos para cuidarlo —dijo Ana sonriendo.

Desde ese día, el cristal azul se convirtió en un símbolo del cuidado del lago. Cada noche, brillaba intensamente en el cuarto de Ana y Diego, recordándoles que podían hacer cosas grandes si trabajaban en equipo.

Los turistas también se llevaron una gran lección. Muchos prometieron volver y traer más turistas, pero también cuidar el lago y respetar su belleza.

Ana y Diego, con la ayuda de Sirani y su cristal mágico, siguieron cuidando el lago Titicaca, recordando a todos que, si trabajan juntos, el turismo y la naturaleza pueden convivir en armonía.

Y así, el Lago Titicaca siguió siendo un lugar mágico, con un brillo especial que nunca se apagaría.



